**Conocer a Dios**

**Jn. 17:1-3** – Jesús habló de estas cosas y, levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, la hora ha llegado. Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti, 2 así como le diste autoridad sobre todo hombre para que dé vida eterna a todos los que le has dado. 3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado. **Jn. 1:18** – A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer. **Oseas 6:3** – Conozcamos y persistamos en conocer al SEÑOR.

En mensajes recientes, he predicado sobre la adoración, que Dios busca adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad. Hemos visto que la adoración es valorar a Dios hasta el punto de honrarlo y obedecerlo. Luego, la semana pasada, vimos que la fe es “ver al que es fiel.” Solo podemos tener fe, porque vemos al que es fiel, al que es conocido por su fidelidad.

Ahora, “ver” la fidelidad de Dios es “ver” (con ojos espirituales) algo de su naturaleza, y esto requiere una revelación de Dios. La fe verdadera igual que la adoración verdadera, son los resultados pues, de la revelación de Dios. Todo esto se relaciona con el tema de hoy, que es conocer a Dios.

El texto de Juan 17:3 demuestra que tan importante es conocer a Dios. ¡La vida eterna consiste en conocer a Dios! ¡Además, 2 Tes. 1:8 dice que el Señor Jesús vendrá con sus poderosos ángeles algún día “en llama de fuego para dar retribución a los que no han conocido a Dios y a los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús”!

Dios, por tanto, quiere que le conozcamos, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos tengan vida eterna, y la vida eterna *es* conocer a Dios. Por eso nos creó; es el propósito de nuestras vidas (Hch. 17:27, 28). Nuestras mentes tienen un propósito, buscar conocimiento. Y el conocimiento más elevado es el conocimiento de Dios. En esta vida, él nos da la oportunidad de conocerlo, y si rechazamos esto, nuestro fin será la destrucción, porque no hay vida separada de Dios, su Autor.

Dios se revela a nosotros para que podamos conocerlo y convertirnos en adoradores. No podemos adorarlo a menos que lo conozcamos y cuanto más lo conozcamos, más podremos adorarlo. De hecho, la razón por la que quiere que le adoremos es porque quiere que le conozcamos y tengamos una relación personal con él. Nos da evidencia para nuestra fe para que le conozcamos y le adoremos. Todas estas cosas (adorar a Dios, tener fe en Él, conocerlo), están interrelacionadas y son casi la misma cosa o facetas de la misma cosa.

Nadie conoce a Dios plenamente, totalmente. Él es infinito, misterioso. Aún el apóstol Pablo dijo, “Ahora vemos por espejo, oscuramente; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Cor. 13:12). Obviamente, nadie lo conoce en su plenitud. Pero será nuestra meta por la eternidad conocerlo más.

Y todos los creyentes, verdaderos adoradores de Dios a lo largo de la historia, tuvieron experiencias con Dios de tal manera, y se reveló a ellos de tal manera, que comenzaron a conocerlo al menos en parte. Moisés tuvo su experiencia con la zarza que ardía. Isaías y Ezequiel tuvieron visiones de la gloria de Dios y así empezaron sus vidas como profetas. Pablo tuvo su encuentro en el camino a Damasco. Así, estos héroes de la fe empezaron a conocer a Dios.

Pocos tienen experiencias tan espectaculares, pero aún así, Dios de alguna manera se revela o se manifiesta a todos nosotros personalmente e inicia una relación con nosotros si somos cristianos. Así fue como todos comenzamos a conocerlo y adorarlo, y comenzamos a confiar en él.

Además, todas las experiencias de otros siervos de Dios sobre los siglos llegan a ser nuestras, y podemos saber más y conocer Dios más a través de la experiencia de ellos que leemos en la Biblia. Nosotros en nuestros días tenemos más conocimiento de Dios que la gente del Antiguo Pacto, por ejemplo, porque Dios se revela progresivamente.

Como predicador, no puedo “dar” tales experiencias subjetivas. Solo Dios es capaz de revelarse o manifestarse a una persona tal y como Él quiera. Pero lo que sí puedo y debo hacer es predicar y enseñar lo que Dios ha revelado en la Biblia, y compartir mis propias experiencias también. Todo esto fue dado con el fin de ayudarnos a conocer a Dios y a darlo a conocer. Entonces depende de cada individuo desarrollar su relación personal con Dios.

Hoy me gustaría centrarme en la experiencia de una persona, el apóstol Pedro. El Nuevo Testamento nos dice mucho sobre su vida y todo sirve como una ilustración de cómo uno llega a conocer a Dios. Sabemos que Pedro fue uno de los 12 apóstoles, de hecho, su líder durante muchos años. Pero, ¿cómo sucedió esto? No fue instantáneo, sino un proceso que llevó muchos años. El mismo NT nos lo enseña.

Sabemos que Pedro era un pescador galileo, probablemente un hombre bastante común, sin educación, nada sofisticado, porque el NT nos dice todo esto. Aún así, era judío, empapado de las tradiciones y enseñanzas del judaísmo desde su niñez. Cada sábado, iba con su familia a la sinagoga, y fueron enseñados la Torá y todo el conocimiento de Dios que fue revelado en Sinaí por Moisés y los profetas. Pedro tenía este trasfondo.

Sabemos por Jn. 1:40-42 que su hermano, Andrés, fue discípulo de Juan el Bautista. Esto indica que era bastante serio en su búsqueda de Dios y su devoción. Dejó su trabajo y su familia para seguirlo y aprender de este hombre enviado por Dios. Así, Andrés escuchó a Juan decir que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, el Cordero que quita el pecado del mundo y el que iba a bautizar con el Espíritu Santo, lo cual solo Dios puede hacer. Además, Juan dijo que Jesús, un hombre de su misma edad, era mayor que Juan porque existió antes. Juan dijo que Dios lo mandó para preparar el camino y anunciar al Mesías al pueblo de Israel, y sabría quién era esta persona por una señal especial: el Espíritu Santo vendría sobre Él de una manera que Juan podría ver. Y así fue, porque Juan vio al Espíritu descender sobre Él en la forma de una paloma.

Debido al testimonio de Juan, Andrés siguió a Jesús y pasó tiempo con Él, y se convenció de que era el ungido de Dios, el Mesías, que reinaría sobre el pueblo de Dios. Luego, Andrés fue y se lo dijo a su hermano Pedro y lo trajo a conocer a Jesús.

Pedro vino a Jesús porque su hermano le habló de Él como Mesías y lo persuadió hasta cierto punto. Andrés fue su hermano y Pedro confiaba en su hermano, porque era hombre que buscaba a Dios, hombre de confianza. Cuando Pedro llegó a Jesús, el Señor le dijo de quién era hijo, y que sería llamado Kefa (arameo) o Petros (griego), ambas palabras significan piedra. Entonces, lo hizo saber que lo conoció y que tenía un plan para su vida. Esto fue el principio de la relación entre el Señor y Pedro.

Después, Juan 2 nos cuenta que estos hermanos y otros discípulos fueron a una boda en Caná con Jesús. Se acabó el vino, y Jesús convirtió galones (entre 40-74 litros) de agua en el mejor vino que jamás existió. Al ver esta señal, Jn. 2:11 dice que los discípulos creyeron en Jesús. Es decir, no que Él existía – ya sabían esto – sino quiere decir que creyeron que de hecho, Jesús era el Mesías, el Salvador, el Señor, el ungido de Dios para ser Rey de Israel.

Todavía Pedro no andaba con Jesús de tiempo completo, porque vemos en Lucas 5, el siguiente incidente, que volvió a su trabajo como pescadero. Jesús pidió el uso de su barca para enseñar una multitud, y Pedro lo permitió. Luego, al terminar la plática, el Señor le dijo, “Boga mar adentro, y echen sus redes para pescar.” Pedro resistió, diciendo que habían pescado toda la noche sin pescar nada (no se pesca de día, pero este rabí, ¿qué sabe de la pesca?) Sin embargo, accedió en hacerlo, y luego, ¡sus redes se llenaron de peces!

Por supuesto, como pescador, la primera reacción de Pedro fue la alegría de saber que iban a ganar dinero vendiendo el pescado. Pero luego, de repente, la luz de revelación penetró su ser, y Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo, “Apártate de mí Señor, porque soy hombre pecador.” Dice la Biblia, “Por la pesca que habían logrado, el temor se apoderó de Pedro y de todos los que estaban con él, 10 y de igual manera de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: —No temas; de aquí en adelante estarás pescando hombres. 11 Después de sacar las barcas a tierra, lo dejaron todo y lo siguieron.”

Entonces, vemos que a través de esta experiencia, Jesús se reveló a Pedro, Dios se reveló. Podemos decir que la luz penetró su mente y corazón. 2 Cor. 4:6 dice, Porque el Dios que dijo: “La luz resplandecerá de las tinieblas” es el que ha resplandecido en nuestro corazón para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.” Vio que Jesús realmente era divino, porque pudo controlar los peces, y a la vez, vio que él mismo era pecador.

Esto es lo que siempre ocurre cuando uno se acerca a Dios y empieza a conocerlo. Cuando Isaías tuvo su primera visión de Dios, dijo “¡Ay de mí, pues soy muerto! Porque siendo un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros, mis ojos han visto al Rey, al SEÑOR de los Ejércitos.” (Is. 6:5) Vemos lo mismo con Pedro y sus socios. Habían creído y visto un poco, pero con este episodio, empezaron a ver y conocer más. Después de este incidente, lo dejaron todo y siguieron a Jesús de tiempo completo.

Y sabemos algo de la historia. Veían a Jesús de cerca, su santidad, su amor, su sabiduría. Que era un Hombre de disciplina, que se levantaba de madrugada a orar y a veces duró toda la noche orando. Que sanaba todo tipo de enfermedad. Que pudo controlar no solo los peces, sino los vientos y las olas del lago, y pudo caminar sobre las aguas. Sobre un período de 3 años y medio, Jesús edificó la fe de Pedro y lo dejó conocerlo más y más y crecer en su conocimiento de Dios y de Jesús.

Fue después de esto, en Mat. 16, que Jesús los llevó aparte para enseñarles más intensivamente, y les preguntó, “¿Quién dicen que soy?” Contestaron que algunos dijeron que era Juan el Bautista, otros que era como uno de los profetas. Pero les preguntó Jesús, y ustedes, ¿quién dicen que soy? Fue entonces que Pedro hizo su famosa declaración, “¡Tu eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente”!

Cristo dijo que era bienaventurado, porque esto no le fue revelado por la carne y la sangre, sino por el mismo Dios Padre. Entonces vemos cómo Dios se revela a sí mismo y nos da más conocimiento de él. Dios quiere que lo conozcamos, y conocerlo es vida eterna. Conocerlo es lo que nos hace adoradores. Conocerlo es ver al que es fiel y confiar en él porque "vemos" que es digno de confianza.

Así fue como Pedro empezó a conocer a Dios y a servirle. Iba a tener muchas más experiencias, y sus experiencias también son las nuestras, porque para eso fueron escritas. Y, por supuesto, no todos fueron positivas. Muchas veces, Pedro falló en su fe. Cometió muchos errores. Habló palabras de revelación de Dios, pero también palabras del mismo diablo. Caminó sobre el agua, pero también se hundió porque dejó de creer. Fue fiel al Señor, pero también lo negó 3 veces y lloró amargamente. Incluso hubo un momento en que otro apóstol, Pablo, tuvo que reprenderlo públicamente, porque se dejó llevar por las opiniones de los demás.

Pedro de ninguna manera era perfecto. Era un hombre corriente como todos nosotros. Y eso nos da a todos esperanza. Si Pedro pudo conocer a Dios y Dios pudo usar a Pedro, con todas sus faltas, nosotros también podemos conocer a Dios y ser usados por Él.

Pero lo que quiero decir hoy es que conocer a Dios es vida eterna, y así como Dios se reveló a Pedro, paso a paso, así se nos está revelando ahora. Estamos en este proceso de conocer a Dios, aprendiendo más y más acerca de Dios. Toma tiempo. Damos pasos hacia adelante y luego hacia atrás.

A veces la luz de Dios brilla y nuestro camino está despejado. Otras veces, parece que todo está oscuro y no vemos nada. No conocemos a Dios en ninguna manera. Pero así como Dios hizo la obra en Pedro, también la hará en nosotros. Solo tenemos que confiar en Él y en Sus promesas, como esta de Filipenses 1:6 – el que en ustedes comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús. Y esta de 2 Tim. 1:12 – yo sé a quién he creído, y estoy convencido de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

Conocer a Dios es vida eterna. Conocer a Dios es el propósito de nuestras vidas. Dios quiere que lo conozcamos y los que rehúsan conocerlo serán destruidos.

Entonces, como dice Oseas 6:3 - Conozcamos y persistamos en conocer al SEÑOR. Seguramente, Él quiere que lo conozcamos y nos ha dado lo suficiente para conocerlo.

Cristo es la última revelación de Dios, la revelación plena y completa, la última palabra de Dios, por decirlo así. Él nos da vida eterna, y esta es la vida eterna, que conozcamos al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien el ha enviado. Cristo lo ha dado a conocer. Entonces, no es algo más allá del cielo o al otro lado del mar. Está disponible. Dios está aquí con nosotros. Vino a través de Cristo, Dios con nosotros, Emanuel. Nos ha dado las escrituras, nos ha dado su Espíritu, los testimonios de los santos de todos los siglos, de miembros de nuestras familias o de nuestros amigos.

Que lo recibamos y nos regocijemos de que él quiere que lo conozcamos aún más de lo que queremos.